

RESEÑA DE LIBROS

F. DE B. MOLL, *Gramática histórica catalana*. Madrid, Editorial Gredos, 1952. 449 págs.

Casi simultáneamente con el compendio, de valor fundamental, de A. Badía Margarit (*Gramática histórica catalana*, Barcelona, Editorial Noguer, 1951) apareció esta obra de F. de B. Moll, que lleva el mismo título (lo que por lo demás fue pura casualidad). El libro, que forma parte de la serie Biblioteca Románica Hispánica, dirigida por Dámaso Alonso, estudia sucesivamente, como el de Badía Margarit, el origen del catalán, los varios elementos que contribuyeron a la formación de su léxico, la distribución geográfica de los diferentes dialectos, la fonética histórica y la morfología histórica. Pero en cambio echamos menos el capítulo dedicado a la fonética actual, la transcripción fonética de la pronunciación barcelonesa y la abundante bibliografía especializada (en las notas explicativas de cada párrafo) que nos brinda Badía Margarit. Por su parte, encontramos en Moll un capítulo sobre el consonantismo arábigo-catalán (págs. 151-160), una sección "Formación de palabras", y otra, "Syntaxis". En general se puede decir que nuestro autor se dirige a un público más amplio y menos especializado. En cuanto al método, sigue en la Fonética y en la Morfología a P. Fouché, *Phonétique historique du Roussillonnais*, Toulouse-Paris, 1924, y *Morphologie historique du Roussillonnais*, Toulouse-Paris, 1924. En la bibliografía notamos la ausencia de algunas obras alemanas (de W. v. Wartburg, H. Meier, J. Huber, L. Spitzer, J. Piel). Son muy valiosos los resúmenes críticos que se hacen de las diferentes soluciones propuestas para algunos problemas peculiares del catalán (p. ej., el que se hace de las explicaciones de la triple evolución de *e*, págs. 70 y sigs.), así como indicaciones geográfico-lingüísticas (págs. 73, 95, 101, 102, 105, 112, 113, 116, 143, 163, 226), y la descripción de particularidades fonéticas, especialmente del mallorquín (págs. 74, 78, 84, §§ 43, 49, 54). La parte sintáctica considera tanto el uso medieval como el uso actual; la syntaxis dialectal se tiene en cuenta, cuando es de interés para la syntaxis histórica. Se hace distinción entre la lengua vulgar, la lengua hablada y la lengua literaria. Tampoco se olvida la influencia sintáctica del castellano.

Observaciones: Pág. 42: los nombres de lugar *Tamarit* y *Tagament* parecen ser de origen bereber. — Pág. 43: *balma* es probablemente una palabra precelta, cf. J. Hubschmid, *Alpenwörter romanischen und vorromanischen Ursprungs*, Bern, 1951, págs. 15-16. — Pág. 53: se in-

dica como fecha de la publicación de la *Introducción a la historia lingüística de Valencia*, de M. Sanchis Guarner, el año de 1949, en contradicción con pág. 13, donde está 1950. La verdadera fecha es 1950, pero el libro mismo no lleva fecha alguna. — Pág. 55: datos interesantes sobre el diverso grado de castellanización de las ciudades catalanas (diferencias entre los grandes núcleos urbanos, las ciudades industriales y las regiones alejadas de las grandes urbes). — Págs. 60-61: El autor transcribe una observación debida a Sanchis Guarner: en 898 Wifredo el Velloso dividió sus dominios entre sus tres hijos. Wifredo II heredó las tierras que hoy corresponden al dialecto oriental y, Sunifredo, las que hoy hablan el dialecto occidental. Moll cree que este reparto quizás se inspiró “en unas demarcaciones étnicas preexistentes y más o menos coincidentes con variantes de lenguaje”. Siguiendo la tesis de Sanchis Guarner, intenta explicar la diferencia entre el dialecto oriental y el valenciano, por una parte, y el dialecto oriental, por la otra, por el substrato étnico diferente: iberos en el primer caso, gentes no ibéricas en el segundo. De mucho interés es una corta lista de algunos conceptos muy comunes que expresan el dialecto occidental y el dialecto oriental sirviéndose cada uno de bases latinas diferentes (pág. 62).

La distribución de los dialectos se ve en los pequeños mapas de págs. 20-21; los criterios de distinción se encuentran en las págs. 18-19. Para la delimitación de las dos zonas, occidental y oriental, se basa Moll con mucha razón en el conocido tratamiento de *a* y *e* átonas, que en la zona occidental se distinguen claramente y en la oriental se pronuncian con un único sonido. Toma también en consideración el tratamiento de *o* y *u* átonas, y aun agrega otro criterio de distinción, el tratamiento de la *e* tónica del latín vulgar. De estos criterios es válido el tratamiento de *a* y *e* átonas (cf. los mapas en Badía Margarit, págs. 153 y 157), pero ya es otra cosa la pronunciación de la *o* átona: la frontera entre *o* y *u* está más al oeste, y Mallorca e Ibiza tienen *o* (véase el mapa en Badía Margarit, pág. 161). Y en cuanto al tratamiento de la *e* tónica del latín vulgar hay una extensa zona de transición entre el dialecto occidental y el dialecto oriental (cf. el mapa en Badía Margarit, pág. 139). (Para comprender estas particularidades debe tenerse en cuenta que la división en dialectos, oriental y occidental, no corresponde a la división en zonas, oriental y occidental, también. La zona occidental comprende el dialecto occidental y el valenciano, la zona oriental, el rosellonés, el dialecto oriental y el balear. El dialecto occidental y el oriental son los dialectos hablados en Cataluña). Los resultados de todas las investigaciones dialectales demuestran que las fronteras varían según el criterio adoptado, y en este caso de los dialectos catalanes la delimitación es más difícil pues en verdad las diferencias no son demasiado grandes. Para distinguir sus cinco dialectos (los mismos que da Badía Margarit) Moll emplea (pág. 20) la conocida diferencia de las desinencias de la primera persona del singular

del presente de los verbos (occidental *-o*, oriental *-u*, balear sin vocal, rosellonés *-i*, valenciano *-e*). Pues bien, las formas baleares, sin desinencia, son sin duda las formas más antiguas, las otras son innovaciones. La desinencia *-u* del dialecto oriental viene de una forma más antigua *-o*, la misma que se ha conservado en el occidental. Por esto, cuando se emplea el criterio de la primera persona singular del presente, no se puede admitir la existencia de un dialecto occidental y de otro oriental, sino solamente la de dos subdialectos (occidental y oriental) de un solo dialecto central (o sea catalán, en el sentido limitado de catalán de Cataluña). Pero para delimitar bien los dialectos hay que considerar también otros elementos, p. e., es característica en el valenciano la conservación del pluscuamperfecto latino; en las Baleares, la preponderancia del artículo lat. *ipse* (que también existe en la Costa Brava de Cataluña, donde va desapareciendo día por día). Además se impone el análisis del léxico, que deberá ser la tarea de futuras investigaciones. Pág. 68: Se nos dice que *ç* + yod “después de diptongarse en *ié*, se ha cerrado hasta convertirse en *i*”. No: la *ç* ante yod ha dado *ié*; *i* es entonces el resultado de *iei*. En la pág. 129 (§ 151, 1^a) Moll da la explicación correcta. — Pág. 74: No creo que la *ç* de *cedra* (originariamente *cenra*) se deba a la dificultad de pronunciar el grupo *nr*, es decir, que dudo que la pronunciación *nr* sea realmente difícil. — Pág. 85 (§ 55): es necesario distinguir casos como los de tipo *uit* < octo de los del tipo *fulla* < *folia* y de los del tipo *muir* < *morio*. — Pág. 93: en el caso de *LACTUCA* > *lletuga* no se trata de “una *a* en contacto con una yod de la sílaba siguiente”; la evolución es análoga a la de latín *factu* > *feit* (escrito en cat. ant. *feyt*) > cat. mod. *fet*, de *lacte* > **lléit* > *llet*, de *tractu* > *tréit* (cat. ant. *treyt*) > *tret*. — Pág. 109: la pronunciación velar de la *r* en Gerona, Sóller y Menorca quizás no sea sino una particularidad regional (igual que la *r* uvular del Val di Cogne, véase Giese, *VKR*, XIII, 274, y ejemplos en pág. 293 y sigs.). La “influencia francesa” de que habla Moll es poco probable ya que también en Francia es común la *r* alveolar; la *r* velar es propia del francés de París (donde aparece desde el siglo xvii), pero se difunde cada vez más a otras ciudades. — Pág. 127: “*V* + consonante se vocaliza en *u*”. Inexacto: *v* ante consonante. — Pág. 154: *xarema* no viene de árabe *salam*, sino de una forma magrebina *salem* (con *tmála*). — Pág. 157 (§ 210): “El *h* se convierte regularmente en *f*”. Más exacto sería decir: es sustituido por *f*. Lo mismo vale para el § 212. — Pág. 160: en *algutzir*, del árabe *al-wazir*, se desarrolló una consonante de apoyo (*g*); *w* inicial árabe tiene el mismo tratamiento que la *w* inicial germánica (véase pág. 105); *w* árabe y *w* germánica son fonéticamente idénticas (el sonido de la *w* germánica se conserva todavía en la *w* inglesa). — Pág. 165: en *doma*, de *HEBDOMADA* hay reducción de la primera sílaba, no es que “se ha absorbido la sílaba *heb* en el artículo”. — Pág. 168: considero las formas de Lérida y Urgel *bòria*, *cùrio* como formas arcaicas. — Pág. 169: compárese *rega-*

lèssia con tosc. *regolizia*, francés ant. *recolice* (hoy *régliſse*), prov. *regalisia*.

Pág. 178: según Moll, los nombres en *-aire* (de *-ator*) "probablemente han entrado en el catalán por conducto del lengüadociano". Parece seguro que se trata de una influencia proveniente del sudeste de Francia, en vista del área de difusión que comprende el norte de Cataluña (cf. también págs. 266-267). — Pág. 182: balear *idd*, de *i doncs*, me parece ser una forma abreviada resultante de la fonética sintáctica. (Posiblemente tuvo una evolución especial ante *se* y ante el artículo *so*, *sa*, *sos*, *ses*). No creo, como Moll, que "es posible que sea el resultado de una interpretación de *doncs* como plural y de una consiguiente formación de un singular analógico". No veo motivo alguno para interpretar una conjunción como plural. — Pág. 185: "Se cambia en *v* para el femenino la *u* del masculino: *nou*, *noua*...". Esta es una regla práctica, de ningún valor en una gramática histórica. *Nova* es la forma antigua y original (lat. *NOVA*); en *nou* de **nov* (lat. *NOVU*), la *-v* se cambió en *-u*. — Pág. 201: deriva Moll cat. *ara* de HAC HORA, forma necesaria para explicar port. *agora*, esp. ant. *agora*, esp. mod. *ahora*. Cat. *ara*, como francés *or* y prov. *ora* se explican ya por AD HORA(M), ya por AD HORA (que da también Moll como etimología de *ara* en pág. 112). — Pág. 209: léase *waidanjan* en vez de *wadanjan*. — Pág. 215: un problema muy difícil y hasta el presente sin solución es el origen de la desinencia de la primera persona singular del presente catalán en *-o* (pronunciado *o* en el subdialecto occidental y *u* en el oriental). Los primeros ejemplos de *-o* son de mediados del siglo xv. — Pág. 223: parece que los subjuntivos de presente *sàpia* y *càpia* han servido de modelo a los demás subjuntivos en *-ia*. — Pág. 224: cuando se trata del latín vulgar hay que escribir *-aba*, *-eba* y no *-abam*, *-ebam*. — Pág. 248: **andare* viene de *AMBITARE*. — Pág. 255: Moll deriva con mucha razón el cat. ant. *fahia* del lat. *FACEBAM*; pero en la pág. 257 derivará *havia* de una forma **HABIAM*. ¿Qué forma es ésta? No es latín clásico ni latín vulgar sino una mezcla curiosa. Una de dos: o se hace la referencia al latín clásico *HABEBAM* o bien se hace a una forma vulgar **abea*, **abia*. En la pág. 259 encontramos otra forma curiosa **POTIBAM*, en vez de **potea*, **potia*. — Pág. 304: *portantveus* no viene de *PORTANTE* VICES sino de *PORTANTE* VOCES; pero quizás esta inexactitud no es sino un error de imprenta. — Pág. 349: Moll da una buena explicación de la confusión de *amb* con *en* (en el territorio que se extiende desde Tortosa hasta el extremo meridional de Valencia), por causas de fonética sintáctica y de pronunciación.

La *Gramática histórica* de Moll será sin duda un estímulo para los estudios lingüísticos del territorio catalán. Utilísimos nos han parecido los capítulos no incluidos por Badía Margarit en su libro. Por nuestra parte, esperamos la pronta aparición de una segunda edición en la que se tengan en cuenta las observaciones que nos permitimos indicar anteriormente, para hacer todavía más provechosa la lectura de esta gra-

mática que es el fruto de la incansable labor del señor Moll en pro de la lengua catalana.

JOHANNES HUBSCHMID, *Alpenwörter romanischen und vorromanischen Ursprungs*. Bern, A. Francke AG. Verlag, 1951. 63 págs.

Hubschmid, de cuya obra *Praeromanica* nos hemos ocupado ya en este *Boletín* (VI, 304-306), nos ofrece ahora un interesante libro sobre las 'palabras alpinas', estudiadas principalmente en su desarrollo semántico, en base de investigaciones propias y ajenas. En su ensayo *Dalla storia delle parole lombardo-ladine*, inserto en el tomo III del *Bulletin de Dialectologie Romane*, Bruselas, 1911, págs. 1-18 y 63-86, el sabio romanista suizo J. Jud había llamado ya la atención sobre el origen del *vocabolario dialettale alpino*. Pero para Jud 'palabras alpinas' eran solamente las palabras prerrománicas (*parole preromanze*) que se encuentran en el territorio de los Alpes. Hubschmid, por su parte, siguiendo a Otto von Greyerz, da a la expresión 'palabras alpinas' un significado más amplio, pues incluye también palabras de origen germánico y románico. Con mucha razón clasifica bajo esta denominación todas aquellas formas que sirven para designar accidentes geográficos, fenómenos naturales, animales o plantas propias de los Alpes, o que denotan ocupaciones típicas del hombre alpino, palabras que se han conservado exclusiva o principalmente en los dialectos alpinos, o que cuando se emplean en un territorio más amplio, presentan una significación particular en los Alpes. Por este aspecto el nuevo estudio de Hubschmid es de alto sentido regional y patriótico, y fuera de su valor lingüístico tiene mucho interés para la investigación de 'palabras y cosas'. Un capítulo entero se dedica a la ganadería alpina.

Especial mención exige la discusión que se hace acerca de la palabra *Alpes*. Según Hubschmid la significación originaria de este vocablo fue 'pasto alpino' (gálico-indogermánico *alpis* de **al-* 'alimentar'), en oposición a Pokorny, quien parte de *Alpes* 'montaña muy elevada'. Hubschmid examina detenidamente todas las posibilidades, entre ellas las probables relaciones con *alba*, ofreciendo al lector curioso un abundante material lingüístico. Estudia asimismo una serie de palabras que significan 'roca, peñasco' y que provienen de verbos de sentido 'cortar'. Otras designaciones de montes significaron originariamente 'morro', 'lomo', 'sierra'. Rocas pendientes tomaron su nombre de 'cueva', etc. En el capítulo final de su obra el autor trata sumariamente de los orígenes gálico, véneto-ilírico (sería mejor hacer distinción entre véneto e ilírico) y pre-indoeuropeo de las palabras alpinas. Muy digna de consideración es la advertencia que hace (pág. 29), de no pretender derivar de un sustrato preindoeuropeo palabras que en realidad son indoeuropeas. Naturalmente que no todas las palabras célticas, gálicas, británicas e irlandesas, aun cuando sean comunes a todas estas lenguas, representan un patrimonio indoeuropeo, y debe admitirse como posible la existencia en ellas de préstamos de lenguas anteriores o vecinas. El estudio de